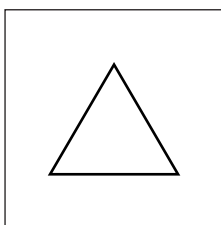
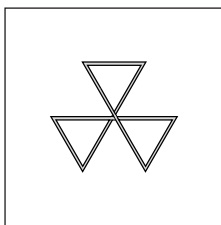


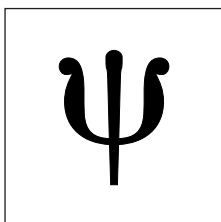
Simbología de los Soldados Fantasma



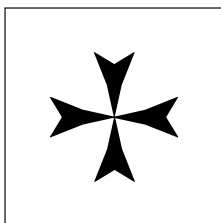
SIGNIFICA
sombra



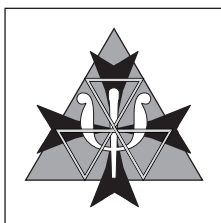
SIGNIFICA
protección contra
las fuerzas malignas



SIGNIFICA
la letra griega *Psi*, que los investigadores
parapsicológicos utilizan para referirse
a la percepción extrasensorial
u otras habilidades psíquicas



SIGNIFICA
cualidades de un caballero:
lealtad, generosidad,
valor y honor.



SIGNIFICA
caballeros en la sombra que protegen
de las fuerzas malignas
mediante los poderes psíquicos,
el valor y el honor.



Nox noctis est nostri

La noche es nuestra

El credo de los Soldados Fantasma

Somos Soldados Fantasma, vivimos entre las sombras.
El mar, la tierra y el aire son nuestro entorno.
No dejaremos atrás a ningún compañero caído.
Nos regimos por la lealtad y el honor.
Somos invisibles para nuestros enemigos
y los destruimos allá donde los encontramos.
Creemos en la justicia y protegemos a nuestro país
y a aquellos que no pueden hacerlo.
Lo que nadie ve, oye ni sabe
son los Soldados Fantasma.
Entre las sombras existe el honor, nosotros.
Nos movemos en absoluto silencio,
ya sea por la jungla o por el desierto.
Caminamos sin ser vistos ni oídos entre nuestro enemigo.
Atacamos en silencio y desaparecemos
antes de que descubran nuestra existencia.
Recopilamos información y esperamos con paciencia infinita
el momento idóneo para impartir justicia rápida.
Somos compasivos y despiadados.
Somos crueles e implacables en nuestra ejecución.
Somos los Soldados Fantasma y la noche es nuestra.

Capítulo 1

*E*stá claro que no quiere colaborar, otra vez —gruñó el doctor Whitney mientras garabateaba algo con rabia en la libreta, con una clara mezcla de exasperación y frustración—. No vuelvas a dejarle sus juguetes hasta que decida trabajar. Ya he aguantado bastantes tonterías.

La enfermera dudó.

—Doctor, no es una buena idea tratar a así a Dahlia. Puede llegar a ser muy... —Hizo una pausa mientras buscaba la palabra adecuada—. Difícil.

Aquello llamó la atención del doctor. Levantó la mirada de los papeles y la impaciencia se convirtió en interés.

—Le tienes miedo, Milly. Cuatro años y te da miedo. ¿Por qué?

Su tono escondía algo más que un mero interés científico. Escondía entusiasmo.

La enfermera siguió mirando a la niña a través de la ventana de cristal. La niña tenía el pelo negro, brillante, grueso y largo, y lo llevaba suelto y enredado. Estaba sentada en el suelo, balanceándose hacia delante y hacia atrás, aferrada a una manta y gimoteando. Tenía unos ojos enormes, negros como la noche y penetrantes como el acero. Milly Duboune hizo una mueca y apartó la mirada cuando la niña dirigió esos ojos negros y experimentados hacia ella.

—No puede vernos a través del cristal —dijo el doctor Whitney.

—Sabe que estamos aquí. —La enfermera bajó la voz y habló casi en un susurro—. Es peligrosa, doctor. Nadie quiere trabajar con ella.

No nos deja que la peinemos ni que la mandemos a la cama, y no podemos castigarla.

El doctor Whitney arqueó una ceja con un gesto de auténtica arrogancia.

—¿Tan asustadas estáis todas? ¿Por qué nadie me ha informado? Milly dudó, con el miedo reflejado en la cara.

—Sabíamos que le exigiría más. Y no tiene ni idea de lo que desencadenaría. No presta atención a las niñas después de decirnos lo que tenemos que hacer con ellas. A Dahlia le duele todo. No la culpamos cuando le da un berrinche. Desde que usted insistió en que las separásemos, muchas están demostrando señales de gran incomodidad o, como en el caso de Dahlia, un gran dolor. No come ni duerme bien. Es demasiado sensible a la luz y al sonido. Está adelgazando. Tiene el pulso acelerado y nunca se relaja. Llora incluso cuando duerme. Y no es el lloro de una niña, sino un lloro de dolor. Nada de lo que hemos intentado ha servido.

—No hay ningún motivo para que sienta dolor —le espetó el doctor Whitney—. Consentís mucho a estas niñas. Y tienen una misión; una misión mucho más importante de lo que te puedas imaginar. Vuelve a entrar y dile que, si no coopera, le quitaré todos los juguetes y la manta.

—La manta no, doctor Whitney, es lo único a lo que se aferra. Es lo único que la calma. —La enfermera meneó la cabeza y se apartó de la ventana—. Si quiere quitarle la manta, entre y hágalo usted mismo.

El doctor Whitney estudió la desesperación de los ojos de la mujer con objetividad clínica. Le hizo un gesto para que volviera a entrar en la habitación.

—A ver si consigues, de forma cariñosa, que colabore. ¿Qué es lo que más desea?

—Que la volvamos a poner en la misma habitación que Lily o Llama.

—Iris. Se llama Iris. No infravalores su personalidad únicamente porque sea pelirroja. Ya supone un problema suficientemente grande con ese carácter que tiene. Lo último que queremos es que Iris y esta

se junten —dijo, señalando a la niña morena—. Dile que si hace lo que le pido podrá estar un rato con Lily.

Milly respiró hondo y abrió la puerta que comunicaba con la habitación.

—¿Dahlia? Mírame, cariño —dijo Milly, en un tono amoroso—. Tengo una sorpresa. El doctor Whitney dice que si haces algo realmente bueno para él, podrás pasar un rato con Lily. ¿Te gustaría pasar el resto de la tarde con Lily?

Dahlia se aferró a la vieja manta y, con la mirada solemne, asintió. La enfermera se arrodilló a su lado y alargó la mano para apartarle el pelo de la cara. La niña enseguida apartó la cabeza, aunque sin miedo, sencillamente para evitar el contacto físico. Milly suspiró y dejó caer la mano.

—Muy bien, Dahlia. Prueba algo con una de las pelotas. A ver qué puedes hacer con ella.

Dahlia volvió la cabeza y miró directamente al doctor a través del cristal polarizado.

—¿Por qué ese hombre siempre nos está mirando? ¿Qué quiere? —Parecía una adulta en lugar de una niña.

—Quiere ver si puedes hacer algo especial —respondió la enfermera.

—No me gusta.

—No tiene que gustarte, Dahlia. Sólo tienes que enseñarle lo que sabes hacer. Sabes que puedes hacer cosas maravillosas.

—Pero me duele cuando las hago.

—¿Dónde te duele? —La enfermera también se volvió hacia el cristal, con un gesto de preocupación.

—La cabeza. La cabeza me duele mucho y no puedo hacer que pare. Lily y Llama consiguen que pare.

—Pues haz algo para el doctor y podrás pasar la tarde con Lily.

Dahlia se quedó sentada en silencio, sin dejar de balancearse y con los dedos aferrados con fuerza a la manta. Tras el cristal polarizado, el doctor Whitney contuvo el aliento y garabateó algo muy deprisa en su libreta, intrigado por la actitud de la niña. Parecía que

estaba sopesando los pros y los contras y tomando una decisión sensata. Al final asintió, como si le estuviera haciendo un favor inmenso a la enfermera.

Sin decir nada más, Dahlia colocó su diminuta mano encima de una de las pelotas y empezó a dibujar círculos encima. El doctor Whitney se acercó a la ventana para observar las líneas de concentración de su cara. La bola empezó a girar y se levantó hasta rozar la palma de la mano de la niña. Dahlia la movió hasta la punta del dedo índice sin dejar de darle vueltas en el aire en una increíble demostración de su fenomenal habilidad para controlarla con la mente. Una segunda esfera se unió a la primera en el aire, girando sobre ellas mismas muy deprisa. Parecía muy sencillo. Dahlia parecía concentrada, aunque no al cien por cien. Miró a la enfermera, y luego hacia el cristal, con gesto casi aburrido. Mantuvo las bolas girando en el aire uno o dos minutos.

De repente, dejó caer la mano y se agarró la cabeza con fuerza, apretándose las sienes con las palmas. Las bolas cayeron al suelo. Estaba pálida y tenía unas arrugas blancas alrededor de los labios.

El doctor Whitney maldijo en voz baja y apretó un interruptor.

—Que lo haga otra vez. Y con tantas pelotas como pueda. Quiero que lo haga durante un tiempo para poder cronometrarla.

—No puede, doctor. Le duele —protestó Milly—. Tenemos que llevarla con Lily. Es lo único que puede ayudarla.

—Sólo lo dice para salirse con la suya. ¿Cómo van Lily o Iris a aliviarle el dolor? Es ridículo, sólo son niñas. Si quiere ver a Lily, tendrá que repetir el experimento y esforzarse un poco más.

Se produjo un breve silencio. La niña ensombreció el gesto. Sus ojos se convirtieron en dos círculos negros. Clavó la feroz mirada en el cristal.

—Es malo —le dijo a la enfermera—. Muy malo.

El cristal empezó a quebrarse dibujando una gigantesca tela de araña. En el suelo, cerca de Dahlia, había al menos diez pelotas de distintos tamaños. Todas empezaron a girar en el aire muy deprisa antes de golpear una y otra vez contra la ventana. El cristal se rompió y

cayó al suelo. Pequeños pedazos de cristal empezaron a volar por los aires hasta que, unos segundos después, pareció que estuvieran nevando esquivando el vidrio.

La enfermera gritó y salió corriendo, cerrando la puerta tras ella. Las paredes se abombaron hacia fuera con la terrible ira de la cara de la niña. La puerta crujió contra las bisagras. Las llamas prendieron y subieron por las paredes, rodearon el marco de la puerta con colores rojos y naranjas intensos, y avanzaron como una tormenta. Todo lo que podía moverse se elevó y empezó a girar como si estuvieran en el ojo de un huracán.

Y, mientras tanto, el doctor Whitney seguía observando, maravillado ante el poder de la ira de la niña. Ni siquiera se movió cuando varios trozos de cristal le cortaron la cara y su impecable camisa quedó manchada de sangre.

La doctora Lily Whitney-Miller apagó el vídeo y se volvió hacia el reducido grupo de hombres que había estado observando la cinta con el mismo embelesamiento que el doctor Whitney. Respiró hondo y soltó el aire muy despacio. Siempre le resultaba difícil observar a su padre comportándose de aquella forma tan monstruosa. Por mucho que viera las cintas de su trabajo, no relacionaba a ese hombre con el padre tan cariñoso que había tenido.

—Esta, caballeros, era Dahlia a los cuatro años —anunció—. Ahora tendrá un par de años menos que yo y creo que es la que he localizado.

Se produjo un impresionante silencio.

—¿Tenía todo ese poder con tan sólo cuatro años? ¿Una niña de cuatro años? —El capitán Ryland Miller rodeó a su mujer con el brazo para tranquilizarla, porque sabía cómo se sentía cuando veía los experimentos que su padre había realizado. Miró fijamente la imagen de la niña morena de la pantalla—. ¿Qué más tienes sobre ella, Lily?

—He encontrado más cintas. Corresponden a una joven que recibe una instrucción especializada en algún tipo de misión. Estoy convencida de que se trata de Dahlia. El código de mi padre es distinto en estos libros y la persona que instruyen recibe el apodo de *Novelty*

White. Al principio, no lo entendía, pero mi padre ponía a cada una de las niñas con las que experimentaba el nombre de una flor. Cuando se habla de dahlias se suele hablar de dahlias nuevas. Creo que, en estos experimentos, ha cambiado Dahlia por Novelty. Estas cintas pertenecen a la preadolescencia y la adolescencia. Es una joven excepcional, con un alto coeficiente intelectual, mucho talento y unas habilidades psíquicas tremendas, pero las cintas son duras porque no está protegida de los ataques externos y nadie le ha enseñado a hacerlo.

—¿Cómo es posible que haya sobrevivido en el exterior sin escudos? —preguntó uno de los hombres que estaba sentado entre las sombras.

Lily volvió la cabeza hacia él, suspirando. Nicolas Trevane siempre parecía vivir entre sombras, y era uno de los Soldados Fantasma que la ponían nerviosa. Estaba sentado tan inmóvil que parecía confundirse con el entorno y, sin embargo, cuando entraba en acción, explotaba y se movía tan deprisa que costaba seguirle la pista. Pasó parte de la niñez en una reserva india con el pueblo de su padre, y luego diez años en Japón con la familia de su madre. Su rostro siempre parecía impenetrable. Tenía los ojos negros, inexpresivos y fríos, y a Lily la asustaban casi tanto como el hecho de que fuera un francotirador, un reconocido tirador capaz de las misiones más letales y secretas.

Lily agachó la cabeza para no tener que mirarlo a los ojos.

—No lo sé, Nico. Tengo pocas respuestas más que hace unos meses. Todavía me cuesta entender por qué mi padre experimentó primero con niñas y luego lo repitió con vosotros. Y en cuanto a esta pobre chica, a esta niña que virtualmente torturó, si entiendo bien las notas, creo que más adelante la entrenaron para trabajar para el gobierno y que es posible que aún la sigan utilizando.

—Eso no es posible, Lily —protestó Ryland—. Ya viste lo que nos pasó a nosotros cuando intentamos actuar sin un ancla. Dijiste que tu padre había intentado aplicarnos descargas eléctricas. Ya sabes cuáles son los resultados. Hemorragias cerebrales, dolor intenso,

ataques. No es posible. Se habría vuelto loca. El experimento del doctor Whitney nos abrió el cerebro y nos dejó sin barreras ni filtros naturales. Éramos adultos y ya estábamos entrenados, pero estás hablando de una niña intentando sobrellevar exigencias imposibles.

—Seguro que la llevaron al límite —asintió Lily. Levantó la libreta—. He descubierto un sanatorio privado en Louisiana propiedad del Whitney Trust. Lo llevan las Hermanas de la Piedad. Y tienen una paciente, una joven. —Miró a su marido—. Se llama Dahlia Le Blanc.

—¿Me estás diciendo que tu padre compró una orden religiosa? —preguntó Raoul «Gator» Fontenot. Se santiguó—. Jamás hubiera creído que las monjas pudieran formar parte del paripé de Whitney.

Lily le sonrió.

—En realidad, Gator, creo que las monjas son ficticias, igual que el sanatorio. Creo que, en realidad, es una tapadera para esconder a Dahlia del mundo. Como única directora de todos los fondos de mi padre, he podido indagar y, aparentemente, es la única paciente y, aparte del fondo que cubre todos sus gastos, existe otro con una cantidad considerable a su nombre con ingresos regulares. Los ingresos coinciden con entradas en los diarios de mi padre que reflejan que sospechaba que el gobierno de Estados Unidos la utilizaba para determinadas misiones. Por lo visto, él dio el visto bueno a que la instruyeran, pero cuando descubrió que era demasiado difícil para ella, la trasladó al sanatorio y, como siempre, cuando las cosas se torcieron, la abandonó sin ningún tipo de seguimiento. —Su voz reflejaba cierta amargura—. Creo que intentó crear un lugar seguro para ella, igual que cuando construyó esta casa para mí.

Ryland bajó la cabeza y rozó el pelo negro de su mujer con la barbilla.

—Tu padre era un hombre brillante, Lily. Tuvo que aprender a querer, porque de pequeño nadie le enseñó.

Eran unas palabras que le repetía muy a menudo desde que habían descubierto que el doctor Whitney no sólo había experimentado con Lily, a la que había eliminado los filtros del cerebro para aumentar sus habilidades psíquicas y que no era su hija biológica, como le

había hecho creer, sino que, además, era una de las muchas niñas que había «comprado» en orfanatos extranjeros.

Se produjo otro silencio. Tucker Addison silbó. Era un hombre alto y corpulento, con la piel oscura, ojos marrones y una sonrisa contagiosa.

—Lo has hecho, Lily. La has encontrado. Y es una Soldado Fantasma como nosotros.

—Antes de dejarnos llevar por la euforia, creo que deberíais ver estas otras cintas que he encontrado sobre su entrenamiento. Todas están marcadas con el nombre Novelty.

Hizo un gesto a su marido para que conectara el vídeo.

Lily contuvo el aliento. Estaba convencida de que Dahlia y Novelty eran la misma persona.

—Según los registros, aquí Novelty tiene ocho años. —La niña tenía el pelo grueso y negro como las alas de un cuervo. Lo llevaba recogido en una desaliñada trenza que le caía hasta la cintura como una cuerda. La cara delicada, como el resto de su cuerpo, y ese pelo grueso que parecía que la dominaba—. Estoy segura de que es la misma. Miradle la cara. Los ojos son los mismos.

Lily tenía la sensación de que la niña se escondía del mundo detrás de aquella masa de sedoso pelo. Parecía exótica, con rasgos asiáticos. Como a todas las demás niñas desaparecidas, el doctor Whitney la había adoptado en el extranjero y la había traído a su laboratorio para reforzar sus habilidades psíquicas naturales.

En el vídeo, la niña estaba encima de una barra de equilibrios. Se movía con soltura. Ni siquiera miraba el suelo. Corría de un lado a otro como si fuera una calle ancha en lugar de una estrecha barra de madera. No se detenía al final de la barra, saltaba, aterrizaba de pie y seguía corriendo como si nada. Era demasiado pequeña para llegar a la barra desde el suelo, pero no parecía importarle. Saltaba hacia el techo, con los brazos estirados, encogía el cuerpo cuando alcanzaba las barras y se subía con agilidad.

Una expresión generalizada de asombro desveló a Lily que todos los hombres estaban atentos a las imágenes. Dejó que la cinta avan-

zara. La niña no dejaba de hacer cosas increíbles. A veces, reía a carcajadas, con lo que todos fueron conscientes de que estaba sola en la habitación con el único testigo de las cámaras para captar su espectacular actuación. Lily esperó a que llegara el final de la cinta y la reacción que sabía que se produciría. Podría verla un millón de veces y seguiría sin creer lo que veían sus ojos.

La niña escaló por una red de cinco metros de altura y corrió por el suelo hasta el último obstáculo: un cable que iba de un lado a otro de la habitación y que estaba a un par de metros del suelo. Novelty clavó la mirada en el cable mientras corría, con un gesto claro de concentración. El cable empezó a ponerse rígido y, en cuanto la niña puso un pie encima de él, se había convertido en una gruesa cuerda, muy tensa, que le permitió cruzarla corriendo y bajar de un salto mientras se reía.

Cuando Ryland paró la cinta, todos se quedaron en silencio.

—¿Alguno de vosotros puede hacer eso?

Todos menearon la cabeza.

—¿Cómo lo ha hecho?

—Tiene que estar manipulando la energía. Todos lo hacemos, aunque a menor escala —dijo Lily—. Ella puede ir un paso más allá y sin que le cueste demasiado. Apostaría que ha generado un campo antigravitatorio para hacer levitar el cable. Podría hacerlo convirtiendo la parte inferior del cable en un superconductor, de forma psíquica, y aplicando la técnica Li-Podkletnov de girar los núcleos de los átomos de la parte inferior para generar un campo antigravitatorio suficientemente fuerte para elevarlo. Y eso explicaría cómo lo ha cruzado con tanta facilidad, ¡como si estuviera bailando! —Lily se volvió para mirar a los hombres, con los ojos llenos de emoción—. ¡Estaba flotando! El mismo campo antigravitatorio ha reducido su propio peso a casi nada.

—Lily. —Ryland meneó la cabeza—. Lo estás haciendo otra vez. Explícanoslo con un lenguaje normal.

—Lo siento. Cuando me emociono me dejo llevar —admitió ella—. Es que es increíble. He estado revisando las investigaciones

sobre este tema y lo más sorprendente es que ella hace con la mente lo que un par de científicos apenas han empezado a experimentar en el laboratorio: generar antigravedad. Aunque ella lo hace mucho mejor y, por lo visto, puede hacerlo siempre que quiera. La enciende y la apaga de una forma que los científicos están a años luz de conseguir. Además, ellos, y yo misma, darían lo que fuera para saber cómo lo hace a temperatura ambiente. De hecho, en el laboratorio tienen que reducir la temperatura varias decenas de grados bajo cero para crear los superconductores.

—¿Antigravedad? —repitió Gator—. ¿No es algo inverosímil?

—¿Y lo que hacemos nosotros no lo es? —preguntó Nicolas.

—Bueno, al principio yo también creí que era imposible —admitió Lily—. Pero si como yo hubierais visionado estas cintas cientos de veces, os habríais fijado en pequeños detalles. Mirad, rebobinemos hasta cuando cruza el cable y lo veremos a cámara lenta. ¿Lo veis? ¿Justo cuando el cable empieza a tensarse? —Señaló el punto exacto donde tenían que mirar—. Fijaos en esto, en el techo que hay encima del cable, ¿veis el hilo eléctrico que conecta las dos luces? Mirad, se ha movido hacia arriba, ¡un centímetro! ¿Lo veis? Y vuelve a su sitio cuando Dahlia salta del cable. Es exactamente lo que esperarías encontrar si hubiera un campo antigravitatorio que se extendiera hacia arriba desde el cable.

Lily señaló la imagen de la niña congelada en la pantalla.

—Miradla, se está riendo. No se está agarrando la cabeza con dolor. —Introdujo otra cinta en el reproductor—. Aquí abre las cerraduras tan deprisa que, al principio, pensé que había alguna máquina.

La cinta mostraba una enorme cámara acorazada con un complejo sistema de cerraduras. Los pestillos se deslizaban muy rápido y los seguros giraban y se abrían como si todo formara parte de un programa informático muy avanzado. La cámara enfocaba únicamente la puerta principal, de modo que nadie supo que Dahlia estaba allí hasta que oyeron una alegre risa infantil cuando consiguió abrir la puerta. Lo había hecho con la mente.

Lily se volvió hacia los hombres.

—¿No es increíble? Ni siquiera ha tocado la cámara acorazada. Primero sopesé algunas teorías, como la clariaudiencia, pero eso no justificaba la velocidad a la que había abierto la puerta. Y al final lo entendí. ¡Estaba intuyendo directamente y disfrutando del estado de mínima entropía del sistema de seguros de la cámara!

Lily parecía tan triunfante que a Ryland le supo mal estropearle el momento de gloria.

—Cariño, me alegro mucho por ti. De verdad que sí. Pero es que no he entendido nada de lo que has dicho. —Miró a su alrededor con la ceja arqueada. Los demás menearon la cabeza.

Repiqueteó los dedos en la mesa mientras fruncía el ceño.

—Muy bien, a ver si encuentro una manera de explicároslo. ¿Sabéis cuando los ladrones de las pelis pegan el estetoscopio a la puerta de la caja fuerte mientras giran la rueda?

—Claro —dijo Gator—. Me encantan esas pelis. Escuchan cómo los seguros encajan en su sitio.

—No es así exactamente, Gator —lo corrigió Lily—. Lo que escuchan es una disminución del sonido. Cada número que pasa hace un ruido, pero, cuando un seguro encaja, el ruido es ligeramente menor. Por eso lo primero en lo que pensé fue en la clariaudiencia que, como sabéis, es como la clarividencia, que implica ver cosas lejanas con la mente, aunque aquí se trataría de oír cosas lejanas con la mente.

—Pero no crees que esté haciendo eso, ¿verdad? —preguntó Nicolas.

Lily meneó la cabeza.

—No, tuve que descartar esa teoría. No explica la increíble velocidad. Además, descubrí que la cámara acorazada de la imagen, como la mayoría que se fabricaron a partir de los años sesenta, tiene todo tipo de sistemas de seguridad, como seguros de nailon y protectores auditivos que las convierten en impenetrables mediante la audición.

—Entonces, Dahlia no lo hace a través del sonido —dijo Nicolas.

—No —confirmó Lily—. Me quedé intrigada y sin respuestas durante un tiempo. Pero, en mitad de la noche, se me ocurrió una explicación mucho más sencilla: literalmente «siente» cómo cada pa-

lanca encaja en su sitio. Pero hay más. Creo que tiene una repelencia emocional por la entropía en los sistemas que es lo que le confiere tanta velocidad.

—He vuelto a perderme, Lily —dijo Ryland.

—Lo siento. La segunda ley de la termodinámica dice que la cantidad de entropía, o desorden, del universo tiende a aumentar a menos que se evite. Esta segunda ley está presente en todas partes. Un jarrón se rompe en pedazos. Nunca veréis un montón de pedazos unirse para formar un jarrón. Sobra decir que una casa siempre se ensucia, nunca se limpia. Y los seguros, como están hechos para saltar, siempre saltan libremente si no los cerramos. Es la segunda ley de la termodinámica en acción: si no ponemos remedio, el desorden aumenta. La explicación más plausible que se me ocurre es que Dahlia es una parte de la naturaleza que va en sentido contrario a la segunda ley. Es decir, le encanta el orden y detesta la entropía.

—Es aplicable a muchas personas. Rosa es una fanática de la limpieza y el orden —dijo Gator, en referencia al ama de llaves de casa de Lily—. Y la cocina tiene que estar impecable. No nos atrevemos a tocar nada.

Lily asintió.

—Cierto, pero el caso de Dahlia es mucho más acentuado. Porque, como es psíquica, obtiene placer cuando intuye que los seguros encajan. Y lo hace tan deprisa porque abre las cerraduras a nivel sensorial e intuitivo, motivada por el placer. Pensad en lo deprisa que apartamos la mano del fuego cuando empezamos a sentir dolor, o cómo reacciona la rodilla cuando la golpeamos con un martillo. Son respuestas reflexivas; no implican pensar, y la mano que se quema lo agradece, porque el pensamiento es mucho más lento.

—Yo puedo abrir cerraduras sencillas —admitió Ryland. Miró a Nicolas—. Y tú también. Pero debo admitir que pienso mientras lo hago. Tengo que concentrarme.

—Y ninguno de nosotros puede abrir cerraduras de ese calibre ni a esa velocidad —comentó Nicolas. Tenía la mirada pegada a la pantalla—. Es increíble.

—Estoy de acuerdo, Nico —dijo Lily—. De momento, la única explicación que le encuentro es que encaja los seguros de forma psicokinética como si se tratara de un acto reflejo. Su mente pensante no la detiene; cada vez que consigue encajar un seguro su sistema nervioso la recompensa con un momento de placer instantáneo... Bueno, por eso rió con tanta intensidad cuando abrió la puerta de la cámara. Para ella fue el mejor premio del mundo. —Tragó saliva y apartó la mirada—. A mí me pasa lo mismo con las fórmulas matemáticas. Mi mente tiene que estar continuamente trabajando en ellas y me emocionó cuando todo encaja.

Nicolas silbó.

—Ya veo por qué el gobierno querría que trabajara para ellos.

Lily se tensó.

—Sigue siendo una niña que se merece una infancia. Debería haber estado jugando.

Nicolas volvió la cabeza muy despacio y la miró con aquellos ojos negros y fríos.

—Es exactamente lo que parece que está haciendo, Lily. Jugar. Estás enfadada con tu padre, y tienes todo el derecho del mundo. Pero intentó hacer por ella lo mismo que por ti. Tu cerebro tenía que trabajar constantemente con problemas y fórmulas matemáticas; esta chica necesitaba otro tipo de trabajo, pero está claro que lo necesitaba tanto como tú. ¿Por qué nadie la adoptó?

Hablaba con voz monótona, pero con peso y autoridad. Jamás levantaba la voz, pero siempre lo escuchaban.

Lily reprimió un escalofrío.

—Quizás el problema me resulta demasiado familiar —asintió—. Y podrías tener razón. Parece que es capaz de hacer todo esto sin dolor. A pesar de todo el trabajo que he realizadoo y los ejercicios que hago a diario para ser más fuerte, todavía sufro unos intensos dolores de cabeza cuando hago un uso excesivo de la telepatía.

—Pero quizá no eras una telépata natural. Tienes otros talentos increíbles. A mí cuando uso la telepatía, no me duele nada —dijo Nicolas.

—Lily, dijiste que las cintas de la niña era difíciles de ver —intervino Tucker—, pero en esta parece que está bien.

Lily asintió.

—Las cintas que muestran su entrenamiento me costaron especialmente. La que estáis a punto de ver demuestra sus tremendas habilidades y lo peligrosa que puede llegar a ser... y el precio de sus talentos.

El pasillo que apareció en la imagen era muy estrecho, un laberinto que se suponía que representaba varias habitaciones de una casa. A la izquierda de la pantalla iban apareciendo pequeñas imágenes de una docena de habitaciones. De repente, vieron a una mujer morena y menuda que avanzaba en silencio por el pasillo. Avanzó varios pasos por el pasillo y se detuvo. Parecía que estaba escuchando o concentrándose. Los observadores podían ver a un corpulento hombre escondido tras las cortinas en una de las habitaciones y un segundo hombre agarrado a las vigas del techo, justo encima del primero, preparados para una emboscada.

La mujer era menuda, con el pelo negro, liso y brillante, recogido en una descuidada cola de caballo. Llevaba ropa oscura y avanzaba con movimientos elegantes, fluidos y sigilosos. Cuando se detuvo, pareció que se confundía con las sombras, una imagen tan borrosa que parecía que pertenecía a la pared. Los que estaban mirando la cinta tuvieron que parpadear varias veces para no perderla de vista.

—Puede desdibujar su imagen para engañar a cualquiera que la esté mirando —dijo Ryland, atónito—. Nos iría muy bien aprender cómo se hace.

—Se necesita una concentración increíble —comentó Lily—. Pero le pasa factura. Ya se ha frotado las sienes dos veces y, si la miráis de cerca, está sudando. Está claro que puede sentir las emociones de los que la esperan para atacarla. He observado su formación en artes marciales. Leía la mente de su adversario y se anticipaba a sus movimientos antes de que los ejecutara. Utilizaba sus habilidades psíquicas y físicas.

—No va armada —señaló Nicolas.

—No, pero no lo necesita —le aseguró Lily.

Observaron cómo la mujer llamada Novelty caminaba hacia la habitación, sin detenerse en ningún momento ante ninguna de las otras habitaciones vacías que había entre ella y los hombres dispuestos a tenderle una emboscada. Confiaba en sus instintos y en sus sentidos psíquicos altamente evolucionados.

—Es muy menuda —dijo Gator—. Parece una niña. Debe pesar treinta y cinco kilos.

—Quizá, pero fijate bien —respondió Lily—. Es letal.

La mujer avanzó con confianza hasta que se acercó a la pared contra la que estaba agachado un hombre, detrás de una cortina que ocultaba un armario.

—Ha pegado la mano a la pared, casi como si estuviera sintiendo algo —dijo Lily—. ¿Energía? ¿Es posible que sea tan sensible? ¿Es posible que la energía de un ser humano atraviese la pared con la fuerza suficiente para que ella pueda sentir su presencia, o le está leyendo la mente?

Novelty se separó de la pared en silencio, pero se quedó con la mirada en ella varios minutos, y lentamente levantó la cabeza, como si también pudiera ver el techo de la habitación. Muy despacio, las paredes se oscurecieron. Empezó a asomar humo por debajo de la puerta. Las llamas atravesaron la pared hasta el interior de la habitación y subieron hacia el techo, persiguiendo a los dos hombres. Casi de inmediato, las llamas devoraron la habitación e hicieron saltar el sistema antiincendios. Fue lo único que salvó a los dos hombres de una muerte terrible.

—Genera calor —dijo Ian McGillicuddy. Era un gigante, con la espalda ancha y el cuerpo musculoso. Tenía los ojos marrones fijos en la pantalla, observando maravillado el fuego—. No me importaría tener ese talento en concreto.

—Claro —intervino Nicolas.

Ian asintió.

—Claro —ratificó.

La joven salió de la casa y volvió entre los árboles, agarrándose la

cabeza con ambas manos. Cayó de rodillas, se tendió en el suelo y, enseguida, sufrió un violento ataque. Las cámaras seguían enfocándola mientras expulsaba sangre por la boca. Al cabo de unos segundos, se quedó inmóvil en el suelo.

Ryland maldijo y se volvió. Sus ojos se cruzaron con los de Nicolas. Se miraron y compartieron un momento de empatía.

Lily detuvo la cinta con la inquietante imagen de la chica congelada en la pantalla.

—¿Qué le provoca ese dolor? He revisado las notas de mi padre y he visto las otras cintas. En todas las que aparece sola puede ejecutar una multitud de proezas fantásticas y casi increíbles, pero si hay otro ser humano cerca, sufre un fuerte dolor y a menudo se desmaya.

—¿Las emociones la abruman? —propuso Gator—. Sin un ancla está desprotegida ante cualquier emoción. Seguro que esos hombres estaban asustados y furiosos y se sentían traicionados por sus superiores. Imagino que no les gustó que les hicieran participar en un experimento donde casi terminan quemados vivos.

—Quizá —respondió Lily—. Pero creo que es más complicado que lo que nos pasa a nosotros. No estoy segura de que pueda leer las emociones o, al menos, no como lo hacemos la mayoría de nosotros.

Nicolas se quedó mirando la pantalla un buen rato, estudiando la imagen de la mujer inconsciente.

—No notó la presencia de sus adversarios igual que nosotros, ¿verdad? No son emociones, es algo más.

—Creo que podría ser energía —dijo Lily—. Mi padre nunca llegó a entender lo de los anclas. Cuando realizó el primer experimento con nosotras, creyó que habíamos forjado una buena amistad. No entendía que algunas de nosotras absorbíamos la sobrecarga de emociones de las otras, y así podíamos vivir con tranquilidad. Novelty, o Dahlia, no es un ancla; necesita una para poder usar sus talentos sin que le duela. Si os habéis fijado, en la mayoría de las cintas donde aparece entrenando, está sola. Le construyeron una casa, igual que se construyó esta para mí, y la alejaron del mundo. El doctor Whitney

creía que podía leer la mente igual que muchos de nosotros, y creyó que así la estaba protegiendo de las emociones.

—¿Obtienes toda esa información de sus notas? —preguntó Ryland—. ¿Y dice si es muy peligrosa?

Lily se encogió de hombros.

—Comenta, en varias ocasiones, la necesidad de alejarla de la sociedad, aunque siguió permitiendo que se entrenara. He estudiado las cintas, como debió de hacer él, y nunca ataca a menos que se vea obligada a defenderse. De modo que, durante la adolescencia, parece que ha conseguido controlar sus habilidades.

Lily pasó las otras cintas, una tras otra. Ella ya las había visto; las desgarradoras imágenes de la mujer que estaba segura de que era la desaparecida Dahlia haciendo artes marciales, anticipándose a cada movimiento y derrotando a todos los adversarios a pesar de su tamaño y su poco peso, y cómo, inevitablemente, siempre acababa en el suelo entre espasmos, con el estómago revuelto y sangre en la boca, a veces incluso también en las orejas. Nunca gritaba; simplemente se mecía hacia delante y hacia atrás y se agarraba la cabeza con las manos antes de perder el conocimiento. Las cintas mostraban un tipo de entrenamiento que perfectamente podía ser el de alguien destinado a realizar un trabajo de agente secreto y, después de todos y cada uno de los entrenamientos, la mujer llamada Novelty acababa igual: encogida en posición fetal.

Lily no podía verla. Cuando su padre descubrió que Dahlia no podía trabajar bajo las condiciones que esperaban, debería haberla alejado del programa de entrenamiento de inmediato. Por desgracia, siempre terminaba la misión que le daban antes de desmayarse. Al recordar las primeras cintas de la tozuda y vengativa niña en el laboratorio, Lily se preguntó con qué la chantajeaban para que trabajara con ellos cuando estaba claro que tenía el carácter y la personalidad suficientes para negarse.

En lugar de mirar las cintas, observó las reacciones de los hombres. Quería que fueran a buscarla los más implicados. Esa mujer hacía años que sufría un trauma. Necesitaba la seguridad de la mansión

de los Whitney, con la protección de sus gruesos muros y el personal amable y cariñoso, todos con barreras naturales para no proyectar emociones al equipo de Soldados Fantasma. Su padre le había ofrecido una casa segura y ella, a su vez, había decidido compartirla con los hombres con los que él había experimentado.

Lily los miró y, por primera vez, tuvo ganas de reír. ¿Por qué había creído que podría leerles la mente? Escondían sus pensamientos tras máscaras inexpresivas. Habían recibido un buen entrenamiento militar, cada uno de ellos individualizado incluso antes de que los reclutasen para el equipo de Soldados Fantasma.

Esperó hasta el final de la última cinta, cuando las emociones estarían más frescas. Dahlia Le Blanc era la clase de mujer que la mayoría de hombres querrían proteger. Menuda, delicada, con unos enormes ojos tristes y una piel de porcelana. Con esa piel, esos ojos y el pelo negro, parecía una muñeca. Lily sabía que Dahlia necesitaba ayuda, mucha ayuda, para poder volver a vivir en el mundo exterior. Estaba decidida a ofrecerle todo lo que el doctor Whitney le negó. Una casa, un santuario y personas a las que pudiera llamar familia y con las que pudiera contar. Aunque no sería fácil conseguir que regresara al lugar donde había empezado todo ese infierno.

Ryland la rodeó con el brazo y acercó la cabeza a la suya.

—Tienes los ojos llenos de lágrimas.

—Y vosotros también deberíais tenerlos —respondió ella, y enseguida parpadeó—. Mi padre le quitó su vida, Ryland. Nadie podría adoptarla y darle un hogar. Nadie lo haría. Ni siquiera sé si puedo ayudarla. ¿Y por qué iba a confiar en mí?

—Yo iré a buscarla —dijo Nicolás, de repente. Por sorpresa. Y no para el agrado de todos.

Lily intentó no demostrar el horror que sentía por dentro. Respiró hondo y soltó el aire muy despacio.

—Acabas de regresar de la misión en el Congo, Nico. Y sé que no fue agradable. Necesitas descansar, no embarcarte en otra misión. No puedo pedirte que vayas.

—No me lo has pedido, Lily. —La miró fijamente con aquellos

ojos negros y no apartó la mirada—. Y tampoco me lo pedirías, pero no importa. Soy un ancla y puedo manejarla. Estoy aquí y estoy de permiso. Iré.

Lily quería protestar pero no se le ocurría ningún motivo para detenerlo. Le molestaba ser tan transparente que Nico se hubiera dado cuenta de que no estaba cómoda con él. No es que no le cayera bien, es que esos ojos tan fríos y la actitud tan implacable la asustaban. Y no ayudaba que supiera cuál era su especialidad.

—Pensaba que Gator conocería mejor la zona y la encontraría antes. —Fue la mejor excusa que encontró.

Nicolas simplemente la miró.

—Voy a buscarla yo, Lily. Si tienes que preparar algún papel para que pueda sacarla de allí y traerla aquí, hazlo. Salgo dentro de una hora.

—Nico —protestó Ryland—. Apenas has dormido un par de horas. Acabas de llegar. Al menos, descansa esta noche.

Lily sabía que ningún miembro del equipo discutiría con Nico. Nunca lo hacían. Y ella no tenía ningún motivo de peso para hacerlo. Dahlia estaría a salvo con él. Miró a Gator con la esperanza de que se ofreciera voluntario para acompañarlo, pero éste ni siquiera la estaba mirando. Por supuesto, todos apoyarían la decisión de Nico, así que Lily suspiró y se dio por vencida.

—Haré que Cyrus Bishop redacte la autorización para que puedas sacarla del sanatorio. Sabemos que podemos confiar en que Cyrus no dirá nada.

Lily había tardado bastante tiempo en confiar en el abogado de la familia después de descubrir el alcance de los secretos ocultos de su padre, porque no estaba segura de hasta qué punto Cyrus Bishop había estado implicado en todo aquello. Experimentar con personas, especialmente con niños, era monstruoso, pero Peter Whitney le había proporcionado una agradable vida familiar y una infancia maravillosa. Todavía le costaba entender las dos caras de su padre.

Ryland esperó a que su mujer saliera de la habitación para volverse hacia Nicolas.

—Si supiera lo de la pequeña herida que casi te cuesta la vida se habría puesto furiosa, Nico.

Tengo que ir, Rye. Nicolas miró a los otros mientras hablaba mediante telepatía para asegurarse intimidad. Había tenido que practicar varios meses para poder dirigir sus conversaciones telepáticas a alguien en concreto sin que los demás lo oyeran, pero era una habilidad muy útil, y Nicolas se había esforzado mucho para dominarla. *Lily les ha tocado la fibra sensible a todos. Cualquiera capaz de generar un campo de antigravedad, o el calor necesario para provocar un incendio o cambiar la estructura de un cable es peligroso. Todos los demás dudarían a la hora de hacer lo que fuera necesario si ella se vuelve en su contra. Yo no.*

Ryland soltó el aire muy despacio. Nicolas siempre sonaba igual: tranquilo, impasible, lógico. Se preguntó qué sería necesario para sacudirlo y destruir su naturaleza tranquila. *Confío en ti, Nico, pero Lily tiene miedo por esa mujer. Siente que su padre le robó todo lo que merecía: unos padres, una casa, una familia... Una vida.*

Y lo hizo. Lily se culpa por los actos de su padre, y no debería hacerlo. Es una víctima, igual que esta pobre mujer, pero nada de eso cambia el peligro que va a tener que afrontar la persona que intente persuadir a Dahlia para que abandone su santuario. ¿No ves lo que han hecho, Rye? Si la están utilizando como agente secreto, como sospecha Lily, la mantienen activa porque necesita esa casa en el pantano. No le queda otra opción que regresar allí. No puede vivir lejos de ese entorno, así que hace lo que le dicen y luego siempre regresa allí. No tienen ni que vigilarla; saben que siempre vuelve.

Nicolas se levantó, se despezó y reprimió un gesto de dolor cuando su cuerpo protestó. Las balas le habían dado demasiado cerca del corazón y la herida le molestaba. Todavía se estaba recuperando. Tenía ganas de tomarse un pequeño respiro. De inmediato, su equipo se levantó. Ian MacGillicuddy, Tucker Addison y Gator estaban agotados y necesitaban descansar. Sabía que querían acompañarlo. Les hizo una mueca.

—¿Acaso creéis que no puedo manejar a esa mujer yo solo?

Los hombres intercambiaron sonrisas.

—No creo que puedas manejar a ninguna mujer, Nico —respondió Tucker—. Y mucho menos a esa barra de dinamita. Tenemos que acompañarte y asegurarnos de que no te patea el culo.

—Estoy de acuerdo —añadió Gator—. Parece que podría hacerle mucho daño a un blandengue como tú.

Ian se rió, burlón.

—Igual sale corriendo cuando vea tu cara al otro lado del pantano. Pensará que eres algún tipo de monstruo marino que ha venido a llevársela a las oscuras profundidades. Tiene que ver a un hombre guapo que quiera llevarla a casa.

—Y ese no serías tú, ¿verdad? —se burló Gator mientras le daba un codazo—. Yo conozco la zona, Nico, y sé que a veces puede ser engañosa.

Ryland observó cómo los hombres se reían y se mofaban de Nicolas. Todos ellos sabían que podían enviarlo a la jungla más espesa o al desierto más grande durante meses y que siempre regresaba con la misión cumplida. Daba igual. Podían decirle lo que quisieran, y se lo tomaría con buen humor, pero, al final, se iría sin su equipo.

Todos ellos habían cumplido en el Congo y se habían pasado semanas infiltrándose entre el enemigo, en pueblos o campos, para conseguir información vital. Utilizar las habilidades psíquicas durante largos periodos de tiempo, y especialmente para protegerse de grandes grupos, era agotador. Todos necesitaban descansar. Y Nicolas siempre antepone a sus hombres, y los protegería de la compasión que pudiera despertarles Dahlia Le Blanc.

Haz lo que puedas para tranquilizar a Lily. A Ryland le costaba mucho menos utilizar la telepatía. Los ejercicios que Lily insistía en que hicieran a diario no sólo les habían ayudado a controlar sus habilidades, sino también a reconstruir algo parecido a las barreras que su padre les había destruido durante el experimento para aumentar sus habilidades. Lily trabajaba muy duro para que se recuperaran, con la esperanza de poder darles las herramientas necesarias para poder vivir en el mundo exterior con familia y amigos. Mientras tanto, com-

partía con ellos, de forma muy generosa, su casa y su tiempo, y trabajaba a su lado. Aquello sólo hacía que la quisiera más. Quería que Nicolas encontrara la manera de tranquilizarla. Nicolas no era de los que mentían, ni siquiera para que Lily se sintiera mejor.

Si es posible, le traeré a Dahlia de vuelta. Es lo máximo que puedo prometerte.

Ryland asintió y dejó que la broma continuara. Miró a la cámara y saludó, por si Arly, el jefe de seguridad, lo estaba observando mientras se dirigía a buscar a su mujer. La encontró en la habitación, contemplando los enormes jardines que se extendían bajo su ventana.

—Lily, ha prometido traerla de vuelta.

Ella no se volvió.

—No es que no me caiga bien, Ryland. Ya lo sabes. Y él también. Es que puede llegar a ser muy frío. Ella necesita a alguien que la quiera y se preocupe por todo lo que ha tenido que pasar. No creo que Nicolas sea capaz de sentir ese tipo de compasión.

—¿Crees que el motivo por el que se va sin su equipo es el sentido del deber? Se preocupa por ellos y los protege. Asume todas las misiones peligrosas, Lily. Y, créeme, lo que le has pedido es muy peligroso y arriesgado.

—Es capaz de matarla —protestó ella.

—Y ella es capaz de matarlo.

Lily lo miró con pena en los ojos.

—¿Qué hizo mi padre?